

Los desafíos de navegar los mares embravecidos de la virtualidad. Un relato de pandemia.

María Andrea Bustamante¹, María Concepción Galluzzi²

En esta reseña compartiremos la experiencia del Taller de Aprendizaje Científico Académico (T.A.C.A.) en su modalidad virtual desarrollado en el marco de la pandemia que conllevó el consecuente aislamiento social preventivo y obligatorio que determinó la distancia del espacio físico del aula. Buscamos narrar, desde un abordaje autoetnográfico, el reflejo sensible de una vivencia que, como parte de un colectivo pedagógico, traspasó nuestra práctica y nos llevó a modificar la agenda en pos de un contexto inédito e impredecible.

La historia reciente del T.A.C.A. se remonta a la reapertura de la carrera de la Licenciatura en Ciencias de la Educación, dependiente del Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata. El primer encuentro se desarrolló en el Aula Magna del Complejo Universitario con la presencia masiva de los ingresantes a la carrera, el 6 de abril de 2019. Fue necesario replicar el dictado en el segundo cuatrimestre a fin de atender la demanda producto del interés que despertó en la comunidad la instalación de una nueva oferta educativa en la ciudad. Este primer año marcó el punto de partida de una travesía que selló con una impronta particular el dispositivo taller. Quizás fueron estas variables las que determinaron al T.A.C.A. como una comunidad de aprendizajes con coordenadas inéditas que propusieron la metáfora de un viaje rumbo a diferentes puertos de llegada.

El 2020 comenzó con un desafío, soltar amarras al amanecer y ofrecer la primera cursada intensiva, pero esta vez en verano. La experiencia marcó un nuevo hito para el equipo de cátedra ya que la propuesta habilitó una oportunidad única hasta el momento y posibilitó a los estudiantes realizar un trayecto tan intensivo como vertiginoso como lo representa sumergirse en el T.A.C.A.

La cursada regular de este año contó con la incorporación de dos docentes al equipo(3) que aceptaron la invitación sin anticipar que, en esta oportunidad, la normalidad sería interrumpida por una variable desconocida como fue el evento inesperado que rompió con la apacible dinámica de la presencialidad. La cuarentena obligatoria decretada para resguardar del contagio a estudiantes y docentes atravesó las vidas de manera tal que la incertidumbre y el temor tiñeron los aspectos más íntimos. Interpelados por esta nueva realidad se instaló la pregunta acerca de cómo diversificar la propuesta de la cátedra para acompañar a la distancia a cada uno de los estudiantes. El extrañamiento y ansiedad se instalaron en el centro de la escena pedagógica, se produjo un desplazamiento del contenido académico por el contenido vital. Repensar el aula, virtualizar clases, acercar la distancia, transformó la cartografía de esta asignatura.

Hubo que trazar nuevas rutas para llegar a destino, los instrumentos de navegación mutaron y la urgencia del comienzo de clases, con este atravesamiento pandémico, demandó la reescritura del itinerario planeado.

Algunos de estos instrumentos de navegación, el drive y las video llamadas, se constituyeron en una necesidad a la hora de planificar. El trabajo en equipo, timón indiscutido de la cátedra, fue de suma importancia en estos mares embravecidos. Se necesitó a cada uno en su puesto pero a la vez todos dispuestos a cubrir el trabajo del otro. Los roles se horizontalizaron, la necesidad de acompañamiento, no sólo en lo académico sino y principalmente en lo personal, se volvieron brújulas en este viaje.

La confianza de Laura, la guía en esta travesía, hizo más fácil el recorrido. La circulación de la palabra, como brisa suave, soplabla cada semana y poco a poco el trabajo en equipo fue definiendo el horizonte. Cada uno, con sus petates, zarpó el 1º de abril de 2020 hacia el mar de la virtualidad.

La gran hazaña, tanto para estudiantes como para docentes, fue habitar un espacio poco frecuentado para unos y en la mayoría de los casos, desconocido para otros. Allí estaban los 118 ingresantes a la carrera y los cuatro docentes del taller. Era imperioso construir lazos, reconocernos en este nuevo contexto, descubrir los sentires de los estudiantes, ante la pandemia, ante la virtualidad, ante la incertidumbre, ante la angustia de lo desconocido. Realidades transformadas en un abrir y cerrar de ojos, proyectos puestos en suspenso y la necesidad de albergar, cobijar, a quienes aún decidieron continuar adelante sorteando los obstáculos que la nueva realidad presenta. A partir de ese momento, fue necesario crear espacios en los que las distintas voces tuvieran su lugar para expresarse. Así surgió “Botellas al mar”, un foro donde la otredad se constituyó en el centro de los intercambios. La calma se apoderó de cada uno de los participantes que pudieron derramar allí historias de vida, dudas, ansiedades, pedidos de auxilio, angustias, alegrías y hasta verbalizar la satisfacción por animarse a estudiar. En definitiva, cada relato entrelazó las hebras de esta gran red que, poco a poco, anudó realidades tan singulares, pero a la vez, tan fraternas.

Como buenos navegantes, los estudiantes narraron su travesía en el “Cuaderno de memorias”, un dispositivo de registro autoetnográfico, en el que además de narrar sus experiencias, expresaron sus sentimientos más íntimos. Se trató de un diálogo entre el papel y un yo que se animó a decirse, intentando recuperar el reflejo, tal como lo devuelve un espejo cuando uno se contempla y se descubre. De este modo, se hizo evidente que se aprende en la experiencia, al conocer, al construir saberes, al permitirse ser, al poner en la escritura las palabras no pronunciadas. Así, se manifiestan el conjunto de sentires

que toman cuerpo y definen a quien las testimonia. Estas subjetividades que emergen a partir de las narrativas presentes en cada cuaderno permitieron construir una relación diferente con el conocimiento, en una dimensión emocional y afectiva que se subsume en la praxis de este viaje de descubrimiento hacia una nueva pedagogía de la ternura.

“Botella al mar” y el “Cuaderno de memorias” posibilitaron habitar la virtualidad sostenida desde un lugar de amparo, intentando hospedar a los estudiantes como un colectivo que, en el desafío de surcar aguas turbulentas, requirió de la mirada de éstos como convivientes en una intimidad compartida a diario y en lo cotidiano.

Las clases semanales se convirtieron en puertos extranjeros que invitaban a recorrer los pasajes de la educación en el nivel superior. Enfrentar lecturas extrañas, explorar escrituras, producir en nuevos soportes, surcar el aula con un mapa poco preciso y de difícil interpretación, arriesgarse a la exposición ante aquellos a quienes no se conoce a pesar de compartir un espacio común, estrechar lazos para trabajar colaborativamente, superar la conectividad y los escasos momentos de acceso a los dispositivos, todo ello con el propósito de repensar prácticas conocidas por nuevas y provocadoras propuestas. Estos pasajes fueron como boyas que los estudiantes debieron sortear para no encallar en ese mar embravecido. Entre ellos tendieron redes, se sostuvieron unos a otros para no naufragar, y poco a poco, entre todos, equipo docente y estudiantes encontraron donde abrigarse, mientras se calmaban las aguas.

Los foros se inundaron de consignas, pero también se convirtieron en espacios en los que la circulación de la palabra tomó protagonismo y llenó de voces el aula. Todo era insuficiente, porque necesitábamos vernos las caras, hasta ahora éramos simples siluetas dibujadas en el horizonte. Aparecieron los encuentros en Jit si a los que tímidamente se fueron sumando. Las clases comenzaron así a recuperar un poco de sabor a presencialidad. Fue a

partir de allí, y siempre de la mano de Laura, que T.A.C.A. propuso la realización de “una mateada virtual”. Y la magia ocurrió otra vez. Ahora, lejos de una consigna, se convocó a los estudiantes para compartirse, a saltar por la borda y animarse a contar sus sentires, leerse en los relatos de sus compañeros. Una vez más, la pedagogía de la amorosidad se hizo presente y anudó palabras que pudieron hacer visible la dialéctica entre la propuesta teórica y el modo de hacer. Las pantallas se inundaron de rostros y la distancia se desdibujó para dar lugar a un mar de miradas que por primera vez se encontraban compartiendo un espacio común.

Cada estudiante construyó y deconstruyó el tejido textual al apropiarse de estrategias planteadas en las propuestas como uso de citas, reformulación, ampliación, reducción de los textos abordados, entre otras. Realizaron múltiples recorridos donde cada uno trazó su propio viaje con los recursos de los que disponía y los adquiridos en el taller, porque cuando se estudia o se escribe textos académicos no se navega sólo por aguas templadas.

Sin preguntar, sin conocer la ruta, los docentes encaramos la travesía con un solo propósito: llegar a puerto seguro. El resplandor del faro sobre el mar nos señaló la ruta que debíamos navegar para llegar a la costa. Tocamos tierra, diferentes, la vida no es la misma. Esta experiencia nos demandó la construcción de nuevas herramientas necesarias para acompañar a los estudiantes en esta situación inesperada para todos. Convertir aulas presenciales en virtuales, convocar a los estudiantes y a nosotros mismos a habitar la virtualidad de manera urgente logró multiplicar el trabajo en pos de construir una comunidad habitable en medio de tanta distancia.

Revisando nuestra bitácora de viaje, cobra más sentido que nunca la denominación de *horizontes* correspondiente a los ejes que constituyen la propuesta pedagógica del T.A.C.A.

Entendimos que así como el horizonte se modifica con cada nuevo destino, en esta oportunidad, experimentamos

la travesía como viajeros a la deriva en un mar adverso. Demandó de nosotros, la expertez de un avezado marinero para no naufragar en medio de la incertidumbre y el asumir la realidad de una práctica docente transformada sin permiso en un contexto de pandemia nunca imaginado.

Como docentes sabemos que cada año implica una nueva cartografía, pero nunca imaginamos que esta hoja de ruta fuera deconstruida de manera tan abrupta. Se puso en juego para nosotros, más allá de los saberes disciplinares, nuestra concepción pedagógica que recupera como valor visibilizar al otro en su atravesamiento vital y desde ahí, comprender la enseñanza como una comunidad de los afectos. Llegamos a puerto y nos preparamos para una nueva travesía.

Notas

(1) Profesora en Lengua y Literatura y Maestra especializada en Educación Primaria por el Instituto Superior de Formación Docente N° 19. Docente del Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Humanidades/UNMdP. Es miembro del Grupo de Investigaciones en Educación y Estudios Culturales (GIEEC) y se desempeña como Secretaria Académica de la Maestría en Práctica Docente de la Universidad Nacional de Rosario. E- mail: maria.andrea.bustamante@gmail.com

(2) Especialista en Docencia Universitaria y Profesor en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Docente e investigador del Departamento de Ciencias de la Educación, Departamento de Ciencia de la Información y del Departamento de Prácticas Socio-comunitarias de la Facultad de Humanidades/UNMdP. Es miembro del Grupo de Investigaciones en Didáctica de la Historia y Ciencias Sociales (GIEDHICS) y del Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Educación (CIMED). E-mail: mgalluzzister@gmail.com

(3) El equipo de cátedra del Taller de Aprendizaje Científico y Académico correspondiente al primer cuatrimestre de cursada regular 2020 de la Carrera de Licenciatura en Ciencias de la Educación de la Facultad de Humanidades de la UNMDP está integrado por la Profesora Adjunta Esp. Laura Proasi, los Ayudantes Graduados Prof, María Andrea Bustamante, Prof. Santiago Díaz, y la Prof. María Concepción Galluzzi.